

# MAGGIE STIEFVATER



# GREYWAREN

FANDOM BOOKS



## PRÓLOGO

**A**l principio de esta historia, hace muchísimos años, dos soñadores llegaron al paraíso. Niall Lynch y Mór Ó Corra acababan de comprarse una porción bella y secreta de la naturaleza de Virginia. Campos abiertos y ondulantes. Colinas cubiertas de robles. Y, en la distancia, las montañas Blue Ridge como centinelas. Para Niall y Mór, adquirir aquella verde fortaleza fue como un truco de magia. Sí: el interior de la granja estaba lleno de montañas de objetos acumuladas por el dueño anterior, muerto antes de que ellos llegasen. Y los numerosos cobertizos que daban a la finca su nombre —Los Graneros— estaban incluso en peor estado, tambaleantes y llenos de calvas en la pintura.

Para Niall y Mór, sin embargo, aquello era un reino por estrenar.

—Ya verás cómo vuelve a su ser —dijo Niall con su optimismo habitual.

Niall era un muchacho encantador, un buen mozo de discurso rápido y persuasivo. Si hubiera alguna manera de convencer a la basura que colmaba la casa y los cobertizos para que se desplazase sola, él era el hombre indicado para encontrarla.

Mór —que todavía no se llamaba Mór— respondió:

—Tendremos que estar atentos para que el niño no se pierda entre todas las malas hierbas.

Mór era una heroína joven, dura, pragmática, imperturbable. Un año atrás, se había cortado su cabellera dorada a la altura

de la barbilla para que no le estorbase. Un mes atrás, había hecho lo mismo con su pasado.

Niall la miró con aquella sonrisa amplia y súbita tan típica de él, y se apartó de la cara su larga melena porque quería estar guapo para ella.

—¿Te gusta?

Mór cambió de postura para acomodar mejor el peso del pequeño Declan, y luego recorrió la finca con su pétrea mirada. Era tal y como Niall le había descrito. Era preciosa. Era enorme. Estaba a kilómetros de los vecinos más cercanos y a un océano de sus familiares más próximos.

Pero, para ella, eso no era lo más importante.

—No lo sabré hasta no haber dormido aquí, ¿no crees?

Tanto Niall como Mór eran soñadores, en sentido literal. Cuando se quedaban dormidos, podían despertar junto a sus sueños, hechos realidad. Era magia. Y no una magia común, precisamente; de hecho, jamás habían conocido a nadie que fuera capaz de hacerlo... o que admitiera ser capaz, lo cual, por otra parte, no resultaba muy sorprendente. Al fin y al cabo, no era difícil imaginar cómo una persona con malas intenciones podría tratar de explotar a un soñador para beneficiarse de él.

En realidad, explotar a un soñador sonaba más fácil de lo que era. Soñar era un asunto resbaladizo. Niall y Mór a menudo se extraviaban mientras recorrían sus propios subconscientes. Por ejemplo, trataban de soñar con dinero y se despertaban rodeados de pósito con las palabras *dólar* y *libra* impresas.

Los sueños más útiles eran aquellos en los que lograban centrarse.

Y nunca se centraban tanto como cuando soñaban con el Bosque.

El Bosque.

A primera vista, el Bosque se asemejaba a una floresta de hoja caduca normal y corriente. Pero, en cuanto Mór se adentraba en él, podía sentir lo profundas que eran sus raíces. Se hundían más allá de la tierra, más allá del lecho rocoso, más allá de

lo que cualquier humano había visto jamás. Y no buscaban agua, sino otra cosa.

Cuando Mór visitaba el Bosque en sueños, percibía en él la presencia de un ser con consciencia propia. Pero jamás lo veía; solo lo oía, o lo sentía.

Fuera lo que fuese, estaba muy interesado en ella.

Y ella en ello.

—Claro, pero no te preocupes —repuso Niall, alargando una mano para agarrar la de Mór—. Ya verás cómo aquí también encuentras el Bosque.

Porque él también soñaba con aquel lugar. Y al Bosque también le interesaba él.

(En cuanto al propio Niall, digamos que le interesaba el Bosque, pero le interesaba aún más Mór).

Niall se había esforzado mucho para encontrar un sitio donde pudieran soñar con claridad y potencia, un lugar donde pudieran visitar el Bosque cada noche, si así lo querían. En parte, también tenía la esperanza de que Mór se enamorase de la belleza de aquel paisaje, de la promesa de un futuro común allí; pero, en el fondo, sabía qué era lo que Mór ambicionaba.

De modo que, aquella primera noche, Niall aguardó mientras su joven esposa soñaba. Por fin, cuando el sol ya empezaba a asomar, Mór se reunió con él en el desvencijado porche de la granja. Niall alargó los brazos para tomar en ellos a Declan y lo abrazó, mientras Mór y él contemplaban los prados cubiertos de bruma.

No le hizo falta preguntar si Mór había soñado con el Bosque, porque sabía que así era. Ellos soñaban con el Bosque en la misma medida en que el Bosque soñaba con ellos.

—Esta noche he oído una palabra en el Bosque, corazón —dijo—. No era una palabra inglesa, y tampoco irlandesa.

—Yo también he visto una palabra —contestó ella—. Estaba escrita en una piedra.

Mór la trazó en el polen acumulado sobre la barandilla, mientras Niall la pronunciaba en voz alta:

*Greywaren.*

# 1

**E**n el pasado, los delitos artísticos eran una rareza. No en el sentido de que ocurrieran poco, sino por sus características especiales. Otros tipos de delito se ponían de moda y luego pasaban; los delitos relacionados con el mundo del arte, sin embargo, siempre estaban vigentes. Y, al contrario de lo que sería lógico suponer, los amantes del arte no eran los que más repudiaban los robos o falsificaciones. De hecho, a menudo los encontraban fascinantes. Era como una afición al arte con esteroides; una afición al arte interpretada como juego de mesa, como deporte competitivo. Muchos amantes del arte que jamás habrían robado una escultura o falsificado un cuadro se sentían intrigados cuando era otra persona la que lo hacía. Y, a diferencia de lo que ocurría cuando un criminal robaba un bolso o un bebé, en estos delitos era normal que un número considerable de los testigos apoyasen en su fuero interno al criminal.

Porque, en el pasado, no parecía haber tanto en juego en ese tipo de delitos. El arte era algo valioso, sin duda, pero no una cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, el mundo había cambiado.

Ahora, el que alguien poseyera una obra de arte quería decir que otra persona no la poseía.

Y eso sí que podía ser una cuestión de vida o muerte.

Nadie se fijó en Bryde mientras entraba en el Museo de Bellas Artes. No era más que un tipo de cabello leonado, con una cazadora gris demasiado fina para el invierno de Boston. Diminuto frente a las ciclópeas columnas de la entrada, subía la escalinata

con las manos en los bolsillos, encorvado para protegerse del frío. Desde luego, no parecía un tipo que hubiera destruido objetos de gran valor en el pasado reciente o que se dispusiera a robar objetos de gran valor en el futuro próximo, aunque, de hecho, fuera las dos cosas.

A grandes males, etcétera, etcétera.

Solo habían pasado treinta y seis horas desde el momento en el que decenas de miles de personas y animales del mundo entero se durmieron de pronto. El fenómeno había sido instantáneo y repentino. Personas que estaban corriendo por la calle, lanzando a su hijito por el aire para recogerlo acto seguido o entrando en un ascensor se quedaron dormidas. Hubo aviones que se desplomaron de pronto, camiones que cayeron desde lo alto de puentes. Hubo una lluvia de aves marinas que cayeron al océano. Y ya estuvieran a los mandos de un avión o al volante de un autobús, y por mucho que se desgañitasen los pasajeros, era imposible despertar a los durmientes. Nadie sabía por qué.

Bueno, en realidad, algunas personas sí que lo sabían.

Bryde se acercó con pasos rápidos y precisos a la taquilla del museo. Se echó el aliento en los dedos para calentarlos, tembloroso. Su brillante mirada recorrió el entorno el tiempo suficiente para registrar al guardia que vigilaba junto a los lavabos y al guía que conducía a un grupo de visitantes a la primera sala.

—¿Una entrada general? —preguntó la joven que atendía en la taquilla, sin despegar la mirada de la pantalla de su ordenador.

En las cadenas de televisión, una panoplia variable de expertos había usado términos como «disfunciones metabólicas», «zoonosis» o «escapes de gases tóxicos» para explicar la aparición de todos aquellos animales y personas en aparente estado de coma. Sin embargo, la cosa se había complicado al tratar de buscar una explicación que incluyera también a los cientos de vehículos, turbinas eólicas y electrodomésticos que habían dejado de funcionar al mismo tiempo. Uno de los expertos se preguntó si el fenómeno podría estar relacionado con los sabotajes que se

habían dado recientemente en la franja costera del oeste del país, y que habían causado pérdidas millonarias. ¿Se trataría de un ataque terrorista a la industria estadounidense? ¿Revelaría nuevos datos el gobierno al día siguiente?

Pero al día siguiente, nadie ofreció información nueva.

Nadie reclamó la autoría del incidente. Los durmientes siguieron durmiendo.

—Necesito una entrada para la exposición temporal de pintores vieneses —respondió Bryde.

—Están agotadas hasta marzo —replicó la cajera, con el tono cansino de alguien que había repetido lo mismo muchas veces—. Si me da su correo electrónico, puedo apuntarlo en la lista de espera.

El evento —una exposición temporal sobre los artistas de la Secesión de Viena— era tan extraordinario que las entradas llevaban agotadas desde el mismo día en que se habían puesto a la venta. Su punto fuerte era *El beso* de Gustav Klimt, una obra que hasta entonces jamás había salido del país en el que había sido pintada. *El beso* es un cuadro formidable que casi todo el mundo conoce, aun cuando piensen que no. En él aparecen dos amantes, envueltos en los pliegues de un manto dorado y en el amor que se profesan. El hombre besa a la mujer en la mejilla. Coronado por una rama de hiedra, la toca con reverencia. La mujer, arrodillada con serenidad sobre una superficie de flores, parece saber que la adoran. ¿Y cuánto la adoran? Es difícil decirlo. Otros cuadros de Klimt menos famosos que aquel se habían vendido hasta por ciento cincuenta millones de dólares.

—Necesito entrar hoy —afirmó Bryce.

—Oiga... —La cajera levantó la cara y le miró directamente por primera vez. Pareció dudar, con la vista prendida en sus ojos, en su rostro.

—Bryde —susurró.

Los durmientes no eran los únicos cuya vida había cambiado el día en que los aviones cayeron del cielo. Los soñadores —mucho más escasos que los durmientes— también habían

perdido su capacidad para extraer cosas de sus sueños. Muchos aún no lo sabían, porque solo soñaban raramente. Y un buen número de ellos llevaban ya bastante tiempo fracasando, tanto en el sueño como en la vigilia. Bryde había visitado los sueños de algunos.

—La exposición vienesa —repitió Bryde en un susurro.

Sin dudarle más, la cajera se quitó la tarjeta que llevaba al cuello.

—Tapa... Tapa la foto con el dedo —le indicó.

Mientras Bryde se alejaba, colgándose ya la tarjeta, la chica se llevó la mano a la boca para sofocar una exclamación.

La simple conciencia de que no estás solo puede ser algo muy poderoso.

Unos minutos más tarde, Bryde se acercó con calma a la sala de la exposición en la que colgaba *El beso* y descolgó el cuadro. Lo hizo con tanta seguridad como si realmente tuviera que llevarse aquel cuadro, lo cual podría explicar por qué ninguno de los visitantes se dio cuenta de que pasaba algo raro en un primer momento.

Entonces, la alarma empezó a chillar.

*Al ladrón, al ladrón, al ladrón*, proclamaba el estridente pitido electrónico.

Los demás visitantes se volvieron para mirar.

Bryde retrocedió cargado con el cuadro, que era tan alto como él. La propia escena era una obra de arte: aquel hombre de pelo claro y nariz aquilina, con proporciones que eran de alguna forma tan predecibles como armoniosas, y aquella hermosa obra, elegantemente equilibrada.

La esquina inferior del marco golpeó el suelo. Bryde comenzó a arrastrar el cuadro hacia la salida.

Ahora sí que era obvio que lo estaba robando: esa no era forma de manejar una obra de arte de valor incalculable.

Y, sin embargo, la gente no hizo nada por detener a Bryde. Se limitaban a observarlo. Al fin y al cabo, aquello era arte, ¿verdad? Contemplaron cómo se detenía un momento para sacar



algo de su chaqueta —un objeto similar a un avión de papel— y se lo arrojaba a un vigilante que acababa de entrar a la carrera en la sala. En cuanto golpeó el pecho del vigilante, el avión se derribó en una sustancia viscosa que lo dejó pegado al suelo.

Otra vigilante recibió en plena cara un puñado de polvo brillante que chirrió y centelleó al tocarle la piel.

Un tercero tuvo que frenar en seco para no caer en la zarza que acababa de crecer frente a él, y que había brotado de una pelota de tenis que Bryde se había sacado del bolsillo.

Bryde seguía avanzando a duras penas.

En cada esquina le salían al encuentro más guardias, y en cada esquina los distraía con aún más cachivaches extravagantes, como si llevara en los bolsillos una galería de obras de artistas variopintos. Eran objetos bellos, extraños, terroríficos, prodigiosos, estentóreos, pesarosos, avergonzados, entusiastas, y todos ellos eran regalos que Bryde había recibido a lo largo de las treinta y seis horas anteriores de aquellas personas que se creían solas hasta que él se acercó a ellas. Hasta hacía poco, él mismo podría haber soñado nuevas armas con las que mantener a raya a los vigilantes. Pero ya no. Ahora, tenía que arreglárselas con antiguos sueños ajenos.

Sin embargo, los que tenía no eran suficientes para permitirle salir del museo.

Aún había más *walkie-talkies* que crepitaban en el interior del edificio, más alaridos de alarmas, más —demasiadas— escaleras que bajar.

Estaba muy lejos de conseguirlo.

Aquello —entrar como si nada en uno de los mayores museos del mundo, seleccionar un cuadro de Klimt, descolgarlo y llevárselo a rastras— no era posible.

Era un plan condenado al fracaso.

—¿No queréis que despierten? —gritó Bryde con rabia a la gente que miraba.

Aquellas palabras aterrizaron con más potencia que cualquiera de los objetos soñados. Invocaban a los ausentes: a las

personas que dormían, dormían, dormían, metidas en los cuartos de invitados de personas que los amaban; en cunas de habitaciones con la puerta esperanzadamente entreabierta, con monitores de vigilancia que se iban quedando sin pilas; en residencias asistidas llenas de durmientes que nadie había reclamado.

Unos cuantos espectadores se abalanzaron hacia Bryde para ayudarlo a llevar el cuadro.

Ahora, la escena sí que era una verdadera obra de arte: Bryde y aquel grupo de visitantes del museo acarreando el lienzo a hombros, pasando frente a los paneles que describían la trayectoria de Klimt, el arduo viaje que había recorrido ya aquel cuadro, los actos de rebelión que había cometido el pintor una y otra vez a lo largo de su vida artística.

Con esfuerzo, aquel puñado de personas —cinco, seis, siete— transportó el cuadro hasta la entrada principal del edificio, mientras otros espectadores intervenían para ayudarles a bloquear a los guardias.

En la gran escalinata del Museo de Bellas Artes, la policía aguardaba, pistolas en ristre.

Ahora que había agotado los sueños donados, Bryde no era más que un hombre aferrado a un cuadro famoso. Solo hicieron falta tres o cuatro agentes para arrebatárselo. En realidad, no resultaba sorprendente que el golpe hubiera fracasado; lo sorprendente, en todo caso, era que hubiera tardado tanto en fracasar. Pero así es el arte: es difícil predecir qué tendrá éxito y qué quedará en nada.

Mientras caminaba esposado hacia un coche de policía, Bryde se tambaleó.

—Tenga cuidado —dijo uno de los policías que lo escoltaban, en un tono no carente de amabilidad.

—Vamos a llevarnos bien —añadió el otro policía.

Tras ellos, los vigilantes transportaban *El beso* de vuelta al museo. Cuanto más se alejaba el cuadro de Bryde, más lentos eran los pasos de él.

—¿Cómo se le ha ocurrido hacer eso? —preguntó el primer agente—. ¡Uno no puede entrar ahí y llevarse un cuadro sin más!

—Fue lo único que se me ocurrió —respondió Bryde.

Ya no parecía la misma persona que había entrado en el museo un rato antes. En sus ojos no quedaba rastro de intensidad. Perdió pie y se dejó caer al suelo: un hombre con una cazadora vacía de sueños.

—Algún día —les dijo a los dos agentes—, vosotros también dormiréis.

Y durmió.

## 2

*Todo el mundo quiere ser poderoso.. Los anuncios dicen a cada consumidor: Eres importante y visible.. Los profesores dicen a cada alumno: Creo en ti.. Abraza tu poder.. Sé tu mejor yo.. Puedes tenerlo todo.. Todo son mentiras.. El poder es como gasolina y sal.. Parece abundante pero hay una cantidad limitada que repartir.. Las hojas afiladas desean poder para ganar más espacio que cortar.. Las hojas romas desean poder para impedir que las afiladas las corten.. Las hojas afiladas desean poder para cumplir con su función.. Las hojas romas desean poder solo para ocupar sitio en el cajón.. Vivimos en un mundo repugnante.. El cajón está lleno de hojas feas e inservibles..*

—NATHAN FAROOQ-LANE,  
*El filo abierto de la hoja*, página 8.



### 3

Ay-ho, la jornada ya empezó. Declan Lynch se despertó temprano. No desayunó, porque si alguna comida le sentaba mal, era el desayuno. Sí que bebió café, aunque le sentaba mal, porque, sin el maullido impaciente que hacía la cafetera por la mañana, no habría tenido ninguna razón de peso para levantarse a su hora. Y, en todo caso, Matthew había dicho una vez que las mañanas olían a café, de modo que tenían que seguir oliendo igual.

Tras poner la cafetera, Declan llamó a Jordan Hennessy, cuya jornada estaría terminando al tiempo que empezaba la de él. Mientras escuchaba los pitidos de la señal, limpió a conciencia los posos de café de la encimera y las huellas de dedos del interruptor de la luz. Había muchas cosas que le gustaban de su apartamento de Boston —sobre todo, el hecho de que estuviera en Fenway, a menos de un kilómetro de Jordan—, pero aquel edificio antiguo jamás estaría tan escrupulosamente limpio como la casa sin alma que Declan había dejado en Washington. A Declan le gustaban las cosas impolutas. Raramente conseguía su deseo.

—Pozzi —lo saludó Jordan con calidez.

—¿Aún estás despierta?

Aquella era una pregunta con mucho más peso del que habría tenido solo unos días atrás.

—Sí, sorprendentemente —contestó ella—. Asombrosamente. El público observa con expectación; ni siquiera los entrenadores saben qué puede ocurrir.

Despierta, despierta... ¿Por qué Jordan estaba despierta, cuando tantos otros dormían? ¿Y qué haría Declan si al día siguiente dejaba de estarlo?

—Quiero verte esta noche —declaró.

—Lo sé —replicó ella, y luego colgó.

Ay-ho, la jornada ya empezó. La camisa de Declan estaba un poco arrugada, de modo que la colgó en el cuarto de baño y abrió la ducha. El joven Declan Lynch lo miró desde el espejo. No era el mismo Declan Lynch que lo miraba desde allí solo unos meses antes. Aquel Declan era un conjunto anodino de piezas producidas en masa: sonrisa blanca y perfecta, rizos negros bien domados, barba discretamente afeitada, actitud segura pero no amenazante. Este Declan, sin embargo, se hincaba en la memoria como una navaja. Ahora, tras los ojos azules había algo agazapado, tenso, retenido a duras penas.

Hasta entonces, Declan nunca había caído en lo mucho que se parecía a su hermano Ronan. Pero ahora...

«No pienses en Ronan».

Una vez vestido, desayunado y consciente del ardor de estómago que le provocaba el café, Declan se dispuso a trabajar un rato. Desde que se había mudado a Boston para estar más cerca de Jordan, su trabajo consistía en ser una especie de secretario-canguro de alto *standing*. Sus clientes le confiaban sus teléfonos móviles durante temporadas variables —un fin de semana, un mes—, mientras se iban de viaje a otra ciudad o al extranjero o a la cárcel. Algunos se los dejaban de forma permanente. En los círculos de alto riesgo en los que se movían, no siempre les resultaba fácil contestar a sus clientes con el ánimo templado, o evitar comprometerse involuntariamente a hacerles favores emocionales o físicos. De modo que dejaban que Declan hablase por ellos.

Y Declan llevaba la vida entera entrenándose para aquello: hacer que las cosas emocionantes fueran lo más aburridas posible.

A sus clientes les hacía falta un socio discreto que supiera hablar con fluidez el lenguaje tácito de los dulcemetales, aquellas codiciadas obras de arte que poseían el poder de despertar a los

durmientes. Y Declan cumplía el papel a la perfección. Sabía que la palabra adecuada para denominar a aquellos en peligro de convertirse en durmientes era «seres dependientes». Sabía mantener la discreción al indagar acerca del origen de aquellos seres, sin mencionar jamás los sueños o la magia; la mayor parte de sus clientes habían adquirido a sus seres dependientes a través del matrimonio, pero había otros que los habían recibido en herencia, e incluso una cantidad no desdeñable había comprado un hijo o una pareja dependiente en el mercado negro. Aquellos clientes, en general, no era conscientes de la razón por la que sus seres dependientes corrían el peligro constante de quedarse dormidos. No lo querían saber; lo único que querían saber era cómo mantener despiertos a sus familiares.

Declan entendía perfectamente lo que sentían.

Consultó su reloj de pulsera y llamó a Adam Parrish.

—¿Tienes algo para mí?

—La línea ley sigue apagada en todas partes —respondió Adam. Su voz se entrecortaba; estaba caminando—. No ha habido ningún cambio.

—¿Y te ha llamado...?

Adam no contestó. De modo que no... Mala señal. Adam Parrish era la persona que más importaba a Ronan en el mundo entero. Si no quería llamarlo a él, no llamaría a nadie más.

—Sabes dónde encontrarme —dijo Declan a modo de despedida, y colgó.

(¿Estaría muerto Ronan?).

Ay-ho, la jornada ya empezó. El Boston matinal empezaba a desperezarse entre gruñidos cuando Declan salió a la calle: clamor de camiones de la basura, siseos de autobuses, parloteo de pájaros. Declan vio cómo su aliento se condensaba en el aire mientras abría su coche y se asomaba dentro para coger el ambientador que colgaba del espejo retrovisor.

Su actitud era tranquila, despreocupada.

«No es más que un ambientador. En absoluto me he gastado en él todos los ahorros que tenía. Circulen, aquí no hay nada que ver».

—¡Buenos días! —le saludó una vecina que trabajaba en un hospital como médica residente.

Declan había encargado a un detective un informe completo sobre ella y sobre el resto de habitantes de la calle. Para llevarse bien con la gente, lo primero es ser cauto.

—Oye, ¿está bien tu hermano? —dijo la médica—. Marcelo me dijo que se había desmayado, o algo así.

Declan la observó. ¿Sería ella misma un sueño, o una soñadora? Al fin y al cabo, había cosas que ni siquiera los detectives podían averiguar. No era muy probable, pero tampoco era imposible. Cuando todo aquello empezó, Declan había pensado que era el único que vivía rodeado de seres soñados. Tras ver las noticias de las últimas semanas, tenía claro que había más personas en la misma situación. No había muchas, pero eran más de las que habría imaginado jamás.

Y, desde luego, los seres soñados abundaban más que los dulcemetales.

—Tiene la tensión baja —mintió sin pestañear—. Es congénito, lo ha heredado de nuestra madre. ¿Trabajas con problemas de ese tipo?

—¡Ah! No, no, yo solo... Me dedico a la medicina interna y esas cosas —contestó ella, señalándose el abdomen—. Bueno, me alegro de que esté bien.

—Te agradezco tu interés, de todas formas —volvió a mentir Declan.

Una vez dentro de su apartamento, lejos de cualquier ventana, abrió la carcasa de plástico del ambientador y extrajo el colgante que contenía. Era una joya de factura bella y delicada, un cisne de plata que se enroscaba alrededor de un número siete del mismo metal. Declan ignoraba lo que simbolizaba. Solo sabía que había sido algo importante para su primer poseedor; si no hubiera sido así, ahora el colgante carecería de valor para sus propósitos. Le sonaba que Aurora le había contado en su infancia un cuento acerca de siete cisnes, pero los detalles se le escapaban. Su memoria, tan certera y



estanca para algunas cosas, no parecía haber retenido más que las historias de su padre.

En todo caso, aquel dulcemetall en forma de colgante le había salido extremadamente caro.

Declan ya echaba de menos las obras de arte que había tenido que vender para adquirirlo.

—¡Arriba! ¡Tienes que ir a clase! —gritó mientras subía las escaleras hacia el cuarto de Matthew.

Al llegar al umbral, tropezó con un par de deportivas enormes y feísimas. Trató de recobrar el equilibrio, pero aquellas monstruosidades chillonas y acolchadas no estaban dispuestas a dejarlo escapar tan fácilmente. Se desplomó de bruces, y solo logró evitar la caída agarrándose al borde del colchón con un gruñido. Los rizos dorados de Matthew, desparramados sobre la almohada, ni siquiera se movieron.

—Matthew —le llamó Declan, notando una nueva oleada de ardor de estómago.

El chico que dormía en la cama parecía muy joven. ¿Diecisiete años? ¿Siete? Esa era la magia de las facciones angelicales de Matthew.

En todo caso, no se había despertado. Declan apoyó el colgante del cisne en la piel de su cuello, notando el calor y los latidos bajo sus dedos.

—¡Ay! —gruñó Matthew, somnoliento, y estiró la mano para agarrar la cadena. La aferró con fuerza, como un bebé que buscara seguridad en su peluche favorito—. Ya me levanto —masculló, y Declan dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones.

El dulcemetall aún no se había agotado.

—Date prisa —replicó—. Tienes que salir en veinte minutos.

—¿No me podías haber despertado antes? —gimió Matthew.

Pero no: Declan no podía. Los dulcemetalles más poderosos tenían la molesta costumbre de ser obras de arte muy conocidas: la *Madame X* de John Singer Sargent, *El beso* de Klimt, el *Black Iris III* de Georgia O’Keeffe... Aquellos cuadros, y otras sonrisas de Mona Lisa similares, estaban en museos, cedidos por grandes

empresas o multimillonarios. Otros dulcemetales algo menos poderosos estaban en manos de ricas herederas o altos ejecutivos soñados, o de ricas herederas o altos ejecutivos no soñados que habían adquirido o encontrado hijos o parejas soñadas. Con lo cual, los únicos dulcemetales que circulaban por el mercado negro eran los de segunda. Eran piezas menos potentes, duraderas, bellas y manejables... Que, aun así, tenían precios prohibitivos. Ahora que todos los seres soñados necesitaban un dulce metal para mantenerse despiertos, los precios se habían disparado, incluso los de las piezas de menor calidad.

Y así, Matthew recibía el colgante del cisne justo a tiempo para desayunar y se lo entregaba a Declan nada más volver de clase. Llevaba días sin ver la puesta de sol, y pasaría meses sin vivir un fin de semana. Aquel colgante tenía que durarle al menos hasta el final de curso. Declan no podía permitirse uno nuevo; de hecho, a duras penas había podido pagar aquel.

(Vivía sumido en la mala conciencia, todos sus pensamientos estaban teñidos de mala conciencia, él mismo era una maraña de mala conciencia).

—Tengo una duda hipodérmica —dijo Matthew unos minutos más tarde—. Hipotética, quiero decir.

Estaba asomado a la puerta de la cocina, casi listo para ir a clase. Incluso se había lavado la cara, y sostenía en una mano sus zapatillas malélicas para no ensuciarle el suelo a Declan.

Claramente, quería hacerle la pelota.

—No —le espetó Declan, agarrando las llaves del coche de la encimera—. La respuesta es no.

—¿Puedo apuntarme al club de D&M del instituto?

Declan se devanó los sesos tratando de recordar qué era D&M. Le sonaba que tenía algo que ver con látigos y ropa de cuero; pero aquello no parecía muy propio de Matthew, ni siquiera en su nueva etapa de rebeldía.

—¿Es algo de hechiceros? —aventuró.

—Sí, dragones y mazmorras. Va de hacer como que luchas con trols y esas cosas —asintió Matthew.

A Declan no le hacía falta fingir que luchaba con trols y esas cosas. De hecho, le habría gustado fingir que no tenía por qué hacerlo. Menos dragones y mazmorras, más Bed and Breakfasts.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Porque tendrías que ir por las tardes o los fines de semana?

Si al menos Matthew se mantuviera despierto sin necesidad del dulcemetal, como Jordan... Pero quién sabía a qué se debía la capacidad de ella.

—Solo los miércoles. Y los miércoles ni siquiera son días de verdad, ¿no crees?

—Deja que me lo piense.

(Habría preferido no tener que pensar en nada). (¿Estaría muerto Ronan?).

Ay-ho, la jornada ya empezó. Declan llevó a Matthew a su nuevo instituto; necesitaba estar pendiente de su paradero en todo momento. El día en que los sueños se habían quedado dormidos, a Declan le llevó horas encontrar el sitio en el que se había desplomado su hermano. No podría soportar vivir otro día como aquel. Esa incertidumbre.

—¿Te has pensado ya lo de D&M? —insistió Matthew con tono lastimero.

—Me lo preguntaste hace doce minutos —respondió Declan mientras se detenía en la fila de coches estacionados frente al instituto.

Los conductores de todos los demás coches eran personas de cuarenta o cincuenta años: padres o madres que no habían muerto con el cráneo machacado por una llave inglesa delante de su propia casa, ante los ojos de sus hijos menores de edad.

A Declan le parecía tener cuarenta o cincuenta años.

(EstaríamuertoRonanEstaríamuertoRonanEstaríamuerto-RonanEstaría...).

—Bueno, ¿te lo has pensado? —insistió Matthew.

—Sal del coche, Matthew —le cortó Declan. Su teléfono había empezado a sonar. Era el suyo, el de verdad, no el de un

cliente—. No bebas refrescos en la comida. No te cuelgues de la puerta del coche, que no es un aparato del gimnasio. —Su teléfono no dejaba de sonar. Lo descolgó—. Aquí Declan Lynch.

—Soy Carmen Farooq-Lane.

A Declan se le secó la boca. La última vez que había hablado con ella, unos días antes, había sido para decirle dónde estaba Ronan, de forma que ella pudiera capturar a Bryde y liberar a Ronan de su influencia. Un lío de tres pares de narices.

La mala conciencia le seccionó las tripas.

(Ronan, Ronan, Ronan).

Matthew aún estaba apoyado en la puerta del coche. Declan le indicó que entrase con un aspaviento, pero él se quedó, atento a la conversación.

—No le han dado mucha publicidad al asunto —dijo Farooq-Lane—, pero tal vez hayas oído que a Bryde lo detuvieron en el Museo de Bellas Artes de Boston hace unos días.

A Declan se le revolvió el estómago. En su cerebro se estaba desarrollando una nítida escena: un tiroteo prolongado, Ronan tirado en el suelo sobre un charco de sangre, con algún maldito sueño en la mano...

«No, por favor, no, no, no, no, no, no».

—¿Y Ronan?

—Tenemos que vernos —repuso Farooq-Lane.

Declan casi se mareó del alivio: Farooq-Lane no había respondido «Tu hermano está muerto».

—¿Dónde?

Ella se lo dijo.

Declan se quedó mirando el volante polvoriento. El cuero negro solo estaba limpio en los puntos que habían tocado sus dedos. El polvo hacía que se sintiera agotado. Con qué rapidez volvía todo a la suciedad y al desorden cuando Declan no estaba pendiente... Necesitaba un descanso: uno o dos días en los que las cosas no se echaran irrevocablemente a perder, aunque él no estuviera. Una o dos horas. Uno o dos minutos.



(Ronan, Ronan, Ronan).

—Deklo —gimió Matthew—, ¿qué está pasando?

Ay-ho, la jornada ya empezó.

—Vuelve a meterte en el coche —contestó Declan—. Hoy no vas a clase.